

# VIDA LITURGICA

Con su vida, con su predicación y, especialmente, con su Pasión, Muerte y Resurrección gloriosa, Jesucristo llevó a cabo *la obra de la redención humana y de la perfecta glorificación de Dios*<sup>1</sup>; y, al subir al Cielo, encomendó a la Iglesia que aplicara a cada hombre, en cada época de la historia, los méritos que había adquirido para nosotros. Para eso, envió a los Apóstoles —y en ellos, a sus sucesores— por todo el mundo, *no sólo a predicar el Evangelio a toda criatura* (cfr. Marc. XVI, 15) *y a anunciar que el Hijo de Dios, con su muerte y su resurrección, nos libró del poder de Satanás* (cfr. Act. XXVI, 28) *y de la muerte y nos condujo al reino del Padre, sino también a realizar la obra de salvación que proclamaban mediante el sacrificio y los sacramentos, en torno a los cuales gira toda la vida litúrgica*<sup>2</sup>.

Desde el primer momento, la Liturgia ocupa el centro de la vida de la Iglesia, aunque no agote toda su actividad, ya que para que los hombres sean llevados a la vida litúrgica, es preciso que antes sean llamados a la fe y a la conversión. Sin embargo, *la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza*<sup>3</sup>.

(1) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 5.

(2) *Ibid.*, n. 6.

(3) *Ibid.*, n. 10.

Enseña el Concilio Vaticano II que, *para realizar una obra tan grande, Cristo está siempre presente a su Iglesia, sobre todo en la acción litúrgica. Está presente en el Sacrificio de la Misa, sea en la persona del ministro, "ofreciéndose ahora por ministerio de los sacerdotes el mismo que entonces se ofreció en la Cruz"* (Concilio de Trento, sess. 22), sea sobre todo bajo las especies eucarísticas. Está presente con su virtud en los sacramentos, de modo que, cuando alguien bautiza, es Cristo quien bautiza (cfr. San Agustín, In Ioann. Ev. tract. 6, 1, 7). Está presente en su palabra, pues cuando se lee en la Iglesia la Sagrada Escritura, es El quien habla. Está presente, por último, cuando la Iglesia suplica y canta salmos, el mismo que prometió: "donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy Yo en medio de ellos" (Matth. XVIII, 20).

Realmente, en esta obra tan grande, por la que Dios es perfectamente glorificado y los hombres son santificados, Cristo asocia siempre consigo a su amadísima Esposa la Iglesia, que invoca a su Señor y por El tributa culto al Padre Eterno <sup>4</sup>.

### *Dar culto a Dios*

*Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación* <sup>5</sup>. El Señor nos quiere santos. El nos ha creado, nos ha redimido y, elevándonos al orden sobrenatural, nos ha hecho hijos suyos; y *siendo hijos, somos también herederos: herederos de Dios, y coherederos con Jesucristo* <sup>6</sup>. Y en justa correspondencia exige de cada uno que le rindamos culto, haciendo de toda nuestra vida un canto de alabanza a Dios, dando *la gloria debida a su nombre* <sup>7</sup>. Además, como no estamos solos, el Señor quiere que la sociedad como tal reconozca la suprema autoridad divina, y le

(4) *Ibid.*, n. 7.

(5) 1 *Thes.* IV, 3.

(6) *Rom.* VIII, 17.

(7) *Ps.* XXVIII, 2.

rinda un culto colectivo, público: ¡oh familias de los pueblos!, dad a Yavé la gloria y el poderío <sup>8</sup>.

En el Antiguo Testamento, Dios mismo quiso indicar al Pueblo elegido cómo debía ser el culto divino: señaló las diversas especies de sacrificios, las cualidades de las víctimas —*perfecta, sin defecto* <sup>9</sup>—, y las ceremonias con que debían ofrecerse; designó unos sacerdotes —*derramó el óleo de unción sobre la cabeza de Aarón, y le ungió, consagrándole* <sup>10</sup>— y las vestiduras que habían de usar —*vestiduras sagradas, para la gloria y ornamento* <sup>11</sup>—; determinó unas festividades sagradas; e incluso dispuso cómo debían ser el lugar y los objetos del culto: *hazme un santuario, y habitaré en medio de ellos. Os ajustaréis a todo cuanto voy a mostrarte como modelo del santuario y de todos los utensilios* <sup>12</sup>.

Al considerar estas prescripciones de la Antigua Ley, tan detalladas, comentaba nuestro Fundador: *leed la Sagrada Escritura, el Antiguo Testamento, y comprobaréis cómo Dios Nuestro Señor describe punto por punto la ornamentación del tabernáculo, la elaboración de los utensilios sagrados, y el modo de vestir de los sacerdotes, especialmente del Sumo Sacerdote. ¡Hasta la ropa interior! Todo tenía que ser de oro u otros metales preciosos, y de telas finas, cuidadosamente trabajadas* <sup>13</sup>.

*Todo esto era figura que miraba a los tiempos presentes, pues entonces se ofrecían oblaciones y sacrificios que no eran eficaces para purificar la conciencia de los que tributaban a Dios este culto* <sup>14</sup>. Refiriéndose concretamente al Templo de Salomón, hacía notar nuestro Padre que aquello no era más que la figura; no estaba Jesucristo real y verdaderamente presente, como se encuentra en nuestros altares y en nuestros Sacramentos. El sacerdocio de la antigua Ley no era más que una sombra del verdadero sacerdocio instituido por Cristo. Y, sin embargo, dice el Espíritu Santo: *nolite tangere Christos meos!* (Ps. CIV, 15). *No maltratéis a mis Cristos, no profanéis las cosas santas. ¡Es la voz del Señor que se defien-*

(8) Ps. XCV, 7.

(9) Levit. XXII, 21.

(10) Levit. VIII, 12.

(11) Exod. XXVIII, 2.

(12) Exod. XXV, 8-9.

(13) De nuestro Padre, Tertulia, 27-I-1974, en Crónica, 1974, p. 272.

(14) Hebr. IX, 9-10.

de! Porque su sacerdocio transforma a quien lo recibe en otro Cristo: alter Christus, ipse Christus, y convierte en sagrado todo lo que se utiliza en la renovación del Santo Sacrificio de la Misa <sup>15</sup>.

Sólo al llegar la plenitud de los tiempos, el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros <sup>16</sup>; se hizo mediador de una nueva alianza, a fin de que mediante su muerte para expiación de las prevaricaciones cometidas en tiempos de la primera alianza, reciban los que han sido llamados la herencia eterna prometida <sup>17</sup>. Jesucristo instituyó una nueva alianza y un nuevo culto: culto perfecto que, glorificando a Dios, nos alcanza la salvación. El mismo es el actor principal en las acciones litúrgicas, que tributa a Dios la gloria debida, asociando en esta acción a su Iglesia, su Cuerpo Místico. De ahí que los buenos cristianos hayan tenido siempre la preocupación de que se destine al culto lo mejor que podamos, que asistan las personas necesarias según la solemnidad de la ceremonia, que se usen vestiduras dignas, que no se escatimen ni las luces ni el incienso; en una palabra, que se rodee el culto divino del esplendor debido. La pobreza innecesaria —enseñó siempre nuestro Padre— no agrada a Dios, sobre todo si el dinero se despilfarra en otras cosas menos importantes <sup>18</sup>.

La Liturgia es, en resumen, el culto esencial y perfecto que la Iglesia tributa a Dios por medio de Cristo: *justamente por esto se considera la Liturgia como el ejercicio del sacerdocio de Jesucristo; en ella, por medio de signos sensibles, se significa y, en el modo que le es propio, se realiza la santificación del hombre; y el Cuerpo Místico de Jesucristo, es decir, su Cabeza y los miembros, tributan el culto público integral* <sup>19</sup>. La Liturgia, himno de honor y de alabanza del Cristo total a Dios, viene a ser como un anticipo, una participación, del canto que los Angeles y los Santos entonan en la gloria del Cielo, y que al fin de los tiempos todos los elegidos recitarán: *al que está sentado en el trono y al Cordero, bendición y honra y gloria, y potestad por los siglos de los siglos* <sup>20</sup>.

(15) De nuestro Padre, Tertulia, 27-I-1974, en Crónica, 1974, p. 272.

(16) *Ioann.* I, 14.

(17) *Hebr.* IX, 15.

(18) De nuestro Padre, Tertulia, 27-I-1974, en Crónica, 1974, pp. 272-273.

(19) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 8.

(20) *Apoc.* V, 13.



## Santificación de las almas

La santificación de las almas que se realiza en la Liturgia es inseparable de la glorificación de Dios: el Señor es plenamente glorificado cuando las criaturas cumplen el fin para el que han sido creadas; y los hombres hemos sido creados y gratuitamente elevados al orden sobrenatural, para gozar de la Trinidad Beatísima eternamente en el Cielo.

La Liturgia de la Iglesia obra la santificación de las almas de diverso modo, según los distintos ritos. Su eficacia, *cuando se trata del Sacrificio Eucarístico y de los Sacramentos, proviene ante todo del valor de la acción en sí misma ("ex opere operato")*. Pero, *si se considera la actividad propia de la Esposa inmaculada de Jesucristo, con la que ésta adorna las plegarias y ceremonias sagradas del Sacrificio Eucarístico y los Sacramentos, o cuando se trata de los sacramentales y de otros ritos instituidos por la Jerarquía Eclesiástica, entonces la eficacia se deriva más bien de la acción de la Iglesia ("ex opere operantis Ecclesiae")*, en cuanto es santa y obra siempre en íntima unión con su Cabeza <sup>21</sup>.

La actividad litúrgica y santificadora de la Iglesia alcanza su cúspide en la celebración de la Eucaristía, a la que se ordenan todos los demás sacramentos. Dios Nuestro Señor es infinito, su amor es inagotable, su clemencia y su piedad con nosotros no admiten límites. Y, aunque nos concede su gracia de muchos otros modos, ha instituido expresa y libremente —sólo El podía hacerlo— estos siete signos eficaces, para que de una manera estable, sencilla y asequible a todos, los hombres puedan hacerse partícipes de los méritos de la Redención <sup>22</sup>.

En efecto, por medio de las aguas purificadoras del Bautismo, los que nacen a esta vida mortal no sólo renacen de la muerte del pecado y quedan constituidos en miembros de la Iglesia, sino que además, sellados con un carácter espiritual, se tornan aptos y capaces para recibir los demás sacramentos. Con el crisma de la Confirmación se da a los creyentes nueva fortaleza, para que valientemente amparen y defiendan a la

(21) Pío XII, enc. *Mediator Dei*, 20-XI-1947.

(22) *Es Cristo que pasa*, n. 78.

*Madre Iglesia y a la fe que de ella recibieron. En el Sacramento de la Penitencia se ofrece a los miembros de la Iglesia caídos en pecado una medicina saludable, no solamente para mirar por la salud de sí mismos, sino aun también para apartar a otros miembros del Cuerpo Místico del peligro de contagio, e incluso para proporcionarles un estímulo y ejemplo de virtud. Por la Sagrada Eucaristía, los fieles se nutren y robustecen con un mismo manjar y se unen entre sí y con la Cabeza de todo el Cuerpo por medio de un inefable y divino vínculo. Por último, por lo que se refiere a los enfermos en trance de muerte, viene en su ayuda la piadosa Madre Iglesia, la cual, si por disposición divina no siempre les concede la salud de este cuerpo mortal, da a lo menos a las almas enfermas la medicina celestial, para trasladar al Cielo nuevos ciudadanos (...) que gocen de la bondad divina por todos los siglos* <sup>23</sup>.

Además, el Orden sagrado y el Matrimonio comunican la gracia necesaria para santificarse en esos dos estados de vida. Todos los sacramentos, en definitiva, son signos eficaces del amor que Dios tiene a sus criaturas. Los Sacramentos, medicina principal de la Iglesia, no son superfluos: cuando se abandonan voluntariamente —escribió nuestro Padre—, no es posible dar un paso en el camino del seguimiento de Jesucristo: los necesitamos como la respiración, como el circular de la sangre, como la luz, para apreciar en cualquier instante lo que el Señor quiere de nosotros <sup>24</sup>.

Como la santidad a la que el Señor nos llama es algo eminentemente personal —aunque no deje de tener repercusiones en el Cuerpo Místico de Cristo—, es necesario que los fieles se acerquen a la Sagrada Liturgia con recta disposición de ánimo, pongan su alma en consonancia con su voz y colaboren con la gracia divina, para no recibirla en vano (cfr. II Cor. VI, 1) <sup>25</sup>. Lejos de sustituir a la piedad personal, la participación en la liturgia —consciente, activa y fructuosa <sup>26</sup>— requiere una sólida vida interior, una correspondiente actitud del alma, para que no se convierta en participación meramente externa, formalista.

La venida de Jesucristo ha señalado precisamente la instauración del tiempo en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espí-

(23) Pío XII, Litt. enc. *Mystici Corporis Christi*, 29-VI-1943.

(24) *Es Cristo que pasa*, n. 80.

(25) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 11.

(26) Cfr. *Ibid.*

*ritu y verdad* <sup>27</sup>. Todo acto externo de culto, público o privado, debe ser fruto de un acto interno, que dé sentido y valor a la ceremonia que ofrecemos al Señor. Sin ese acto interior de la voluntad, la Liturgia no tendría alma, perdería mucha de su eficacia. Siempre sería una acción aceptable a Dios, porque es Cristo mismo el que se la ofrece; pero nosotros apenas nos aprovecharíamos de sus frutos. El alma de vida interior, en cambio, sabe con facilidad conformar la mente y la voluntad a las palabras y a las acciones, para *no recibir en vano la gracia de Dios* <sup>28</sup>.

### *El sentido profundo de la Liturgia*

*Ten veneración y respeto por la Santa Liturgia de la Iglesia y por sus ceremonias particulares. —Cúmpleslas fielmente. —¿No ves que los pobrecitos hombres necesitamos que hasta lo más grande y noble entre por los sentidos?* <sup>29</sup>. Bien fundados en la fe y en el amor, descubrimos el sentido profundo de la Liturgia, como una manifestación de la vida interior del alma cristiana, que se desborda en alabanza pública y externa a Dios. No son las ceremonias del culto simples fórmulas de cortesía. Además de que nos conceden la gracia —*ex opere operato*, los sacramentos; *ex opere operantis*, los sacramentales y los demás ritos y oraciones establecidos por la Iglesia—, las actitudes, gestos, elementos y fórmulas litúrgicas tienen un significado ordenado a la glorificación de Dios y a nuestra vida interior. No son acciones inventadas al azar, sin sentido: *unas nos han sido transmitidas por escrito; otras, las hemos recibido por tradición apostólica* <sup>30</sup>; y todas han nacido de la vida de la Iglesia, como fruto del deseo de ejercer lo mejor posible el culto divino, que le encomendó Cristo. El alma de vida interior posee como el instinto sobrenatural de hacer de la Liturgia cauce espléndido para manifestar sus personales sentimientos de filial devoción.

Al entrar en la casa de Dios, al iniciar una oración, el signo de la

(27) *Ioann.* IV, 23.

(28) *II Cor.* VI, 1.

(29) *Camino*, n. 522.

(30) San Basilio, *De Spiritu Sancto* 27, 66.

cruz: *En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo*. Es la señal del cristiano: un gesto de alabanza a Dios, una confesión de nuestra fe en la Trinidad Beatísima, una manifestación de confianza en la virtud salvadora de la Cruz.

Con las actitudes y los gestos, también los elementos materiales que emplea la Liturgia nos llevan a que *celebrems con tierno amor los Misterios que vamos a realizar* <sup>31</sup>. El pan y el vino, que en el Sacrificio del altar se convierten en el Cuerpo y la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, son símbolos eficaces del alimento espiritual que el alma necesita para crecer, fortalecerse y recorrer el camino que lleva al Cielo. El agua, símbolo de purificación interior y, en el Bautismo, *fuentes viva, agua regeneradora, ola purificadora* <sup>32</sup>, que nos engendra a una nueva vida. El aceite, figura de fortaleza, de descanso, de salud, de elección divina. El fuego, modelo de la llama de amor con que debemos *inflamarnos con el deseo del cielo* <sup>33</sup>...

Las fórmulas con las que acompañamos las acciones litúrgicas, subrayan con palabras lo que gestos y elementos materiales no alcanzan a expresar: adoración —*Sanctus, Sanctus, Sanctus...*—, acción de gracias —*Deo gratias...*—, reparación —*Parce nobis, Domine...*—, o petición —*Praesta, quaesumus, Domine...*— por nosotros, por todos los cristianos, por todas las almas. El Amén con el que todos responden a las oraciones *para dar testimonio de la fe que reina en el corazón y que gustan de confesar con su boca* <sup>34</sup>. El aleluya, nuestro himno de alegría: *el tiempo de regocijo, reposo y reino (...), nos lo figuramos por el canto del aleluya (...)* ¿Qué significa aleluya? *Load a Dios* <sup>35</sup>.

### *Alimento de la vida interior*

El discípulo de Cristo ha de elevar todas sus acciones a Dios, para adorarle y ponerse bajo su protección en todo momento, haciendo suyo

(31) Misal de San Pío V, *Feria V infra Octavam Pentecostes, Oratio super Oblata*.

(32) Vigilia pascual, *In benedictione aquae baptismalis*.

(33) Vigilia Pascual, *Benedictio novi ignis*.

(34) San Agustín, *De dono perseverantiae* 23, 63.

(35) San Agustín, *Sermo* 254, 5.



el consejo del Apóstol: *vivid siempre alegres, orad sin descanso, dad gracias por todo; porque esto es lo que quiere Dios que hagáis* <sup>36</sup>. Y para mantenerse en presencia de Dios a lo largo de todo el día, en medio del trabajo y de las demás circunstancias de la vida ordinaria, el cristiano necesita recurrir a prácticas personales de piedad.

No puede haber ninguna oposición entre la Liturgia y las demás prácticas tradicionales para crecer en vida interior, puesto que tienden a los mismos fines: la glorificación de Dios y la santificación de las almas. Más aún: sin una participación habitual en la Liturgia, especialmente en la Santa Misa y en los sacramentos, ¡qué difícil es progresar en la vida interior! Y sin vida interior, ¡qué falso concepto podría tenerse de la Liturgia! *Entra en tu aposento y, cerrada la puerta, ora en secreto a tu Padre* <sup>37</sup>, dice el Señor. Sin las prácticas personales de piedad no hay vida interior, estamos fuera del camino de la santidad, terminaríamos desertando de los mismos actos litúrgicos, o, al menos, mereceríamos aquel reproche divino: *este pueblo se me acerca sólo de palabra y me honra sólo con los labios, mientras su corazón está lejos de mí* <sup>38</sup>.

Además de expresión pública y externa de la vida interior que se desborda, el culto público es alimento, fuente inagotable de la piedad personal. Porque la Liturgia, además del caudal de gracias que derrama a través de los sacramentos y sacramentales, ilumina nuestra inteligencia con el esplendor y la maravilla de los misterios de la vida íntima de Dios; mueve nuestra voluntad y nos cautiva el corazón con el recuerdo de la libertad y de la gloria que Cristo, con la cooperación de Santa María, nos ganó con su nacimiento, vida, muerte y resurrección; atrae nuestros sentidos con la belleza de sus ceremonias, la armonía de sus cánticos, el rigor solemne de sus ritos. E incluso nos presta las palabras —inspiradas por Dios, muchas veces, o fruto de la devoción de almas muy santas— que alimenten la oración personal, siguiendo el consejo de nuestro Padre: *tu oración debe ser litúrgica. —Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal, en lugar de oraciones privadas o particulares* <sup>39</sup>. Todo nuestro ser, alma y cuerpo, se ve impulsado a ento-

(36) I Thes. V, 16-18.

(37) Matth. VI, 6.

(38) Isai. XXIX, 13.

(39) Camino, n. 86.

nar un himno de continua alabanza a Dios, Creador y Salvador Nuestro, Señor de los cielos y la tierra.

Al fortalecer la vida interior, la Liturgia enciende el afán apostólico. Porque el gozo íntimo de poseer a Dios, no sólo se desborda en un culto de alabanza, sino también en el deseo demostrado con obras de que participen en él todos los hombres. Por eso la Liturgia nos lleva a *que resplandezca en nuestras obras lo que por la fe brilla en nuestra inteligencia* <sup>40</sup>, dando un testimonio de vida y de doctrina cristiana que mueva a los hombres a que reconozcan y alaben a Dios, y se incorporen, por la fe y los sacramentos, al redil de Cristo.

Vida litúrgica y vida interior constituyen, pues, como dos aspectos de una misma realidad: mutuamente se exigen. Sería una equivocación, y un motivo de retraso en el camino de la santidad, el descuidar uno de los dos aspectos, pensando falsamente mejorar el otro. Esforzándose, por el contrario, en vivir la Liturgia y en cultivar la vida interior, el alma va derecha hacia Dios. Las buenas disposiciones interiores, que se refuerzan con la meditación y las insustituibles prácticas privadas de piedad, multiplican los efectos del culto litúrgico; y éste, a su vez, crea en nosotros el hábito de tratar con Dios, nos habitúa a su presencia, a hablarle, a dirigirnos a El.

### *El espíritu litúrgico en el Opus Dei*

En la Obra, la piedad litúrgica que tanto recomienda la Iglesia a todos los cristianos se hace realidad al ser la Santa Misa *el centro y la raíz de nuestra vida interior, de modo que toda la jornada es un continuo acto de culto, prolongación de una Misa y preparación para la siguiente, que se va desbordando en jaculatorias, Visitas al Santísimo, ofrecimiento del trabajo* <sup>41</sup>, y todas esas Normas de piedad y Costumbres que entretejen nuestro plan de vida.

Tan entrañablemente unido está el espíritu litúrgico a la vida inte-

(40) *In Nativitate Domini, Orat.*

(41) De nuestro Padre.

rior de un hijo de Dios en su Opus Dei, que uno de nuestros anhelos y alegrías es ver realizado ese deseo antiguo de la Iglesia, hecho vida en la Obra desde su fundación, de *que todos los fieles se formen en la plena, consciente y activa participación en las celebraciones litúrgicas* <sup>42</sup>, para que, corriendo pareja su vida interior personal, al final nos encontremos todos en la gloria del Cielo, cantando eternamente las alabanzas de Dios.

Son innumerables los detalles, teológicos y ascéticos, doctrinales y prácticos, que manifiestan el espíritu litúrgico que hemos aprendido a vivir desde siempre en el Opus Dei. La enseñanza de la Liturgia forma parte del plan de formación de todos los miembros de la Obra, y llega también a las personas que acuden a los medios de formación. Esta enseñanza, como recomienda el Concilio Vaticano II, abarca hasta los detalles más pequeños. *Hay una urbanidad de la piedad*, escribía nuestro Padre en *Camino*. —*Apréndela*. —*Dan pena esos hombres "piadosos", que no saben asistir a Misa —aunque la oigan a diario—, ni santiguarse —hacen unos raros garabatos, llenos de precipitación—, ni hincar la rodilla ante el Sagrario —sus genuflexiones ridículas parecen una burla—, ni inclinar reverentemente la cabeza ante una imagen de la Señora* <sup>43</sup>.

De nuestro Fundador hemos aprendido todos a vivir en sintonía con la Liturgia de la Iglesia. A los sacerdotes, por ejemplo, les enseñó a cuidar las rúbricas con delicadeza de enamorados, a poner el corazón en las acciones que han de cumplir, e incluso un modo de predicar —Liturgia de la palabra— profundamente evangélico, sin retóricas ampulosas y decimonónicas, tomando ocasión de la Palabra de Dios, de acuerdo con las recomendaciones que más tarde haría el Concilio Vaticano II: *el ministerio de la Palabra (...) se base ante todo en las fuentes de la Sagrada Escritura y de la Liturgia* <sup>44</sup>.

También los laicos han aprendido de nuestro Fundador a vivir una activa participación en las acciones litúrgicas, de acuerdo con su condición secular y laical, con una actitud personal de diálogo, cuidando con devoción y cariño *las aclamaciones, las respuestas, los salmos, las antí-*

(42) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 14.

(43) *Camino*, n. 541.

(44) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 13.



fonas y los cánticos, además de las acciones, los gestos y la actitud del cuerpo <sup>45</sup>. La mayor participación en los actos litúrgicos llevó a nuestro Padre a buscar soluciones nuevas, como las vestes académicas que, dejando a salvo la plena condición laical de los seglares de la Obra, les permite —cuando hay que estar en el presbiterio— tomar parte activa con dignidad en los actos del culto <sup>46</sup>.

Esta plena participación en las solemnidades de la Liturgia se ha favorecido también en la Obra desde el comienzo, estudiando el modo de disponer los objetos y lugares de culto. En un documento fechado en 1935, ya nos prevenía nuestro Fundador contra ciertas deformaciones: *mucha luz eléctrica, en el retablo y hasta en el tabernáculo de la Exposición. Bambalinas y teloncillos de teatro provinciano. Floripondios de papel y trapo. Imágenes relamidas, de pastaflora. Puntillas y primores femeniles, en las albas y en los manteles. Cacharros feísimos —la última moda: los vi hasta en una famosa catedral— sobre el altar, y aun sobre la misma ara. ¿Dónde está la cruz? Apenas se ve, entre la baraúnda de nubes de algodón y docenas de velas de procedencia química. Cánticos de opereta* <sup>47</sup>.

Nuestros oratorios ocupan siempre la estancia más digna de la casa. Y los disponemos de modo noble y agradable, con el criterio que nos dio nuestro Padre: *arte serio, lleno de grave majestad. Nunca floripondios, ni luz eléctrica. El retablo, retro tabulam: a su sitio, detrás del altar, como algo accidental. La Santa Cruz y el ara —completamente aislada la mesa del altar— ocupen el lugar sobresaliente* <sup>48</sup>. Sobre el altar, todo dispuesto del modo más apto: los manteles, sencillos y sobrios, caen por los lados hasta el suelo, como queriendo elevar el altar; sin candeleros de luz eléctrica, ni floreros, ni flores de plástico o de papel: los días de fiesta, pocas flores, frescas, bellas, entre los candeleros, en ofrenda llana y afectuosa.

Todo se ha dispuesto, ya antes de la reforma litúrgica del Concilio Vaticano II, para *consentir el desarrollo de las acciones litúrgicas y la*

(45) *Ibid.*

(46) De nuestro Padre.

(47) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-I-1935, n. 252.

(48) *Ibid.*, n. 254.



*participación activa de los fieles* <sup>49</sup>. ¡Qué novedad suponían entonces estas palabras que nuestro Padre escribió en *Camino*!: *me viste celebrar la Santa Misa sobre un altar desnudo —mesa y ara—, sin retablo. El Crucifijo, grande. Los candeleros, recios, con hachones de cera, que se escalonan: más altos, junto a la cruz. Frontal del color del día. Casulla amplia. Severo de líneas, ancha la copa y rico el cáliz. Ausente la luz eléctrica, que no echamos en falta.*

—Y te costó trabajo salir del oratorio: se estaba bien allí. ¿Ves cómo lleva a Dios, cómo acerca a Dios el rigor de la Liturgia? <sup>50</sup>.

Por último, un detalle de delicadeza con el Señor, bien expresivo del espíritu litúrgico que vivimos en la Obra: la limpieza y el cuidado con que se nos ha enseñado a tratar los objetos y lugares de culto. Pienso —dejó también escrito nuestro Fundador— *que a las personas que ponen amor en todo lo que se refiere al culto, que hacen que las iglesias estén digna y decorosamente conservadas y limpias, los altares resplandecientes, los ornamentos sagrados pulcros y cuidados, Dios las mirará con especial cariño, y les pasará más fácilmente por alto sus flaquezas, porque demuestran en esos detalles que creen y aman* <sup>51</sup>.

\* \* \* \* \*

*No olvides que vida litúrgica es vida de amor; amor a Dios Padre, por Jesucristo, en el Espíritu Santo, con toda la Iglesia, de la que tú formas parte* <sup>52</sup>. Amor que arrastra a glorificar a Dios con todo el corazón y con toda el alma, y a beneficiarse de los tesoros de gracia que en la Liturgia se encierran. Amor que lleva a procurar que nadie quede ajeno a este canto de alabanza y persevere *puro y sin tropiezo hasta el día de Cristo, colmado de frutos de justicia por Jesucristo, a gloria y alabanza de Dios* <sup>53</sup>.

Muchas veces hemos podido comprobar la eficacia apostólica de es-

(49) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 124.

(50) *Camino*, n. 543.

(51) De nuestro Padre, *Instrucción*, 9-1-1935, nota 167.

(52) De nuestro Padre.

(53) *Philip*. I, 10-11.

te espíritu litúrgico bien vivido. Bastantes almas han iniciado su acercamiento a la Iglesia, y aun su conversión, después de asistir a una ceremonia litúrgica en alguno de nuestros Centros; y otras se han acercado definitivamente a nuestro apostolado, e incluso recibieron por este camino la vocación al Opus Dei. Porque la Sagrada Liturgia, como ha enseñado la Iglesia, *contribuye en sumo grado a que los fieles expresen en su vida y manifiesten a los demás el misterio de Cristo y la auténtica naturaleza de la verdadera Iglesia* <sup>54</sup>.

---

(54) Concilio Vaticano II, Const. *Sacrosanctum Concilium*, n. 2.